

con una segunda parte, con una parte positiva; dicho trabajo habría sido más fácil que encontrar un complemento positivo á la filosofía de Schelling, porque, para salir del yo limitado, puedo á mi vez crear una especie cualquiera de idealismo como expresión de mi voluntad y de mi idea; en efecto, Stirner da á la voluntad tal valor que se nos aparece como la fuerza fundamental del sér humano; nos recuerda á Schopenhauer; ¡tan cierto es que toda medalla tiene su reverso! Stirner no tiene relaciones estrechas con el materialismo; su libro no ha ejercido una influencia bastante considerable para que nos ocupemos más de él; ya es tiempo de que dirijamos nuestra atención á la época actual.

La decadencia del idealismo alemán, que según nosotros data de 1830, se convierte insensiblemente en una lucha contra los poderes existentes, políticos y eclesiásticos, lucha en la cual el materialismo filosófico no desempeñó en un principio más que un papel secundario, aunque todo el carácter de la época favorecía al materialismo; se podría cerrar la poesía alemana con el año 1830 y no se perdería obra alguna verdaderamente importante; no sólo había pasado el período clásico, sino que tampoco los románticos llamaban ya la atención; el florecimiento de la escuela de Suabia se había paralizado, como también Heine, que ejerció un influjo tan grande en el nuevo período; todas las producciones animadas todavía de un soplo ideal son anteriores á la fecha indicada; los poetas célebres habían muerto ó estaban silenciosos, ó bien se habían pasado á las filas de los prosistas; todo lo que aún se producía tenía un carácter artificial; no se podría dar una prueba más palmaria de la conexión íntima de la especulación y la poesía que considerando cómo esta evolución se reflejaba en la filosofía. Schelling, en un principio el órgano más consciente de la idea de su época, el apóstol inagotable de la producción ya no producía nada; la originalidad, con sus frutos precoces, ha-

bía pasado como una ola tempestuosa que cede al reflujo; Hegel, que parecía reinar sobre sus contemporáneos, se esforzaba en encerrar la idea en fórmulas petrificadas; es verdad que gracias á su sistema se perpetuaba todavía el influjo del gran período idealista sobre las nuevas generaciones, ¡pero con qué transformaciones! Schiller, sobre todo, había perdido su prestigio, como lo demostró la boga que tuvieron en el público las críticas despiadadas de Boerne.

Gervinus, que expresó formalmente el pensamiento de que la fase poética de la existencia nacional iba á sufrir una crisis mortal, estaba persuadido de que seguiría necesariamente un período político, y que Alemania, bajo la dirección de un Lutero estadista, se elevaría á una mejor forma de existencia; pero se olvidaba de que para regenerar la forma tal como él la entendía, hubiera sido menester por lo menos un nuevo impulso idealista, y que para el período realista que comenzaba, el bienestar material y el desarrollo de la industria venían en primer término; sin duda se contemplaba con predilección la Francia «realista», aun desde el punto de vista político; pero, lo que hacían la monarquía de Julio y el constitucionalismo francés tan simpáticos á las gentes de posición é influencia, era su relación con los intereses materiales de las clases acomodadas.

Ahora, un negociante solo, un fundador de sociedades por acciones, tal como Hansemann, podía hacerse el órgano de la opinión pública; las asociaciones industriales y otras compañías análogas brotaron después de 1830 como los hongos en el suelo germánico; en el terreno de la instrucción pública, la clase media de las ciudades florecientes fundó escuelas politécnicas, instituciones industriales y escuelas de comercio, mientras que se censuraban los incuestionables defectos de los gimnasios y de las universidades con una gran malevolencia; los gobernantes se esforzaban en impedir aquí y prevenir allá el triunfo de

esas disposiciones, aunque en general todos se mostraban inspirados por un mismo deseo; un rasgo insignificante pero característico: la enseñanza de la gimnástica, herida de muerte en castigo de sus tendencias idealistas, fué resucitada á escape por consideraciones de higiene; la actividad de los Gobiernos se dirigió sobre todo á las relaciones comerciales, y la creación más importante (1830 á 1840) desde el punto de vista político y social fué el *Zollverein* alemán; más importancia todavía alcanzó inmediatamente después el establecimiento de los caminos de hierro, que provocó, durante la segunda mitad de esta década, la rivalidad y el entusiasmo de las más opulentas ciudades comerciales; hacia el mismo tiempo es precisamente cuando el gusto por las ciencias físicas se manifestó al fin en Alemania, y el papel principal le desempeñó una ciencia que va unida á los intereses prácticos del modo más íntimo, la química.

Cuando Liebig obtuvo en Giessen el primer laboratorio que han poseído las universidades germánicas, rompióse el dique de las preocupaciones, y, como la escuela de Giessen produjera sucesivamente hábiles químicos, las demás universidades se vieron obligadas, unas después de otras, á seguir el ejemplo de aquélla; una de las ciudades donde las ciencias físicas tomaron mayor desenvolvimiento fué Berlín, donde en 1827 se fijó Alejandro Humboldt, que ya era entonces una celebridad europea; de 1830 á 1840 se vió á Ehrenberg, Dove y á los dos Rose, uno químico y el otro mineralogista, distinguirse por su actividad; á ellos se unió Juan Müller, que en su juventud estudió la filosofía de la naturaleza, pero sin perder la sangre fría y la firmeza del sabio investigador; su *Manual de fisiología* (1833) y su infatigable enseñanza hicieron de él el iniciador más influyente por la dirección estrictamente física que imprimió á la fisiología, considerada como ciencia natural; es verdad que fué poderosamente sostenido por los trabajos (aún más profundos y notables, so-

bre todo por su precisión matemática) de Ernesto Enrique Weber, que por entonces florecía en Leipzig.

Añádase á esto que la influencia francesa, que volvió á ser muy considerable en Alemania, impulsó á los espíritus en esa dirección; las investigaciones de Flourens, Magendie, Leuret y Longet en el dominio de la fisiología y particularmente en la fisiología del cerebro y del sistema nervioso, produjeron gran sensación entre los hombres competentes de Alemania y prepararon la aparición ulterior de Vogt y de Maleschott; desde entonces se acostumbró en Alemania, sin tener todavía la franqueza de que se hizo gala después, á sacar de dichas investigaciones conclusiones acerca de la naturaleza del alma; así vino de Francia el impulso más fuerte para la psiquiatría, porque nada era más á propósito para acabar definitivamente con los delirios trascendentes del teólogo Heinroth y de sus partidarios que el estudio de las obras del eminente Esquirol, que se tradujeron al alemán (1838); el mismo año apareció también la traducción alemana de la obra de Quételet sobre el hombre, en la cual el sabio astrónomo y estadista belga se esforzaba en dar una física de los actos humanos fundada sobre cifras.

El influjo más notable le ejerció el movimiento reaccionario idealista en el terreno religioso; el entusiasmo por el romanticismo devoto y por el clericalismo poético, desapareció para ser reemplazado por el materialismo de una nueva fe literal y de una adhesión ciega al principio de autoridad; mientras que, en Berlín, Hengstenberg lanzaba los espíritus en esta dirección, la escuela de Tubinga en el Sur de Alemania, siguiendo un camino contrario, trabajaba con más ardor que nunca en minar las tradiciones eclesiásticas con auxilio de los instrumentos de una ciencia implacable; si estos esfuerzos, que Hegel combinó primero con la admiración, denotaban infinitamente más idealismo verdadero que el mostrado por Hengstenberg, por sus protectores y sus adláteres, la aplicación á la Bi-

bliá y á la historia eclesiástica de una crítica fría y rigurosamente fiel á las exigencias de la razón no era menos un signo de la nueva época que anunciaba ya el triunfo próximo y universal del elemento racional y práctico.

Sin embargo, no es posible negar que al lado de este rasgo fundamental, que caracteriza á la nueva época y la impulsa hacia las mejores prácticas y materiales, se mantuvo una fermentación intensa por el anhelo de las reformas políticas y por el odio de las clases ilustradas contra las tendencias reaccionarias de los gobiernos; tan débil se sentían en el terreno político como fuertes en el científico y literario; los escritos de la *Joven Alemania* obtuvieron, por el espíritu de oposición que reinaba, una importancia mucho mayor que su valor intrínseco; en el año 1835 (señalado por la inauguración del primer camino de hierro en Alemania) se publicaron la *Madonna* de Mundt y el *Wally* de Gutzkow, libro que valió la prisión al autor por sus ataques al cristianismo; y no obstante, otro libro que apareció el mismo año, debía dar un golpe mucho más sensible al cristianismo oficial ya entonces considerado como el sumun de todas las autoridades: era la *Vida de Jesús* de Strauss; gracias á esta obra Alemania se puso á la cabeza del movimiento que comenzó en Inglaterra y continuó en Francia en la aplicación de la crítica independiente á las tradiciones religiosas; además, la crítica histórica y filológica llegó á honrar la ciencia alemana; aquí los argumentos y las réplicas eran más fáciles de comprender que en el terreno de la especulación, y dicho libro fué también una excitación directa dirigida á cuantos se creyeran bastante instruídos para juzgarle; lo que aún quedaba de las opiniones intermedias penetradas del ideal, pero indecisas, de la época anterior del romanticismo y del racionalismo, vino á estrellarse contra las cuestiones críticas que desde entonces fueron dueñas del campo de batalla; la división de los espíritus se hizo más radical.

De 1840 á 1850 el impulso de los ánimos hacia las reformas llegó á ser agresivo; ya no se contentaban con la libertad de la palabra ni con emitir un pensamiento audaz; se declaraba absolutamente insoportable el orden de cosas existentes; después que Ruge dió la señal en los *Anales de Halle*, las tendencias á la libertad política se unieron á las tendencias científicas y socialistas de diversos matices para agrupar las fuerzas de la oposición en columna de ataque; la clerecía fué principalmente el blanco de las hostilidades; también se consideraron, por lo general, las ideas materialistas como auxiliares preciosos, aunque el hegelianismo y la crítica racionalista combatían en la vanguardia.

En religión se indignaban sobre todo contra la manía siempre creciente de rehabilitar el pasado y las amenazas de encadenar á la ciencia; y en política se sublevaban contra los énsayos intentados por un romanticismo nebuloso para reanimar las ideas de las edades precedentes; se habría podido creer que una aspiración científica, en lucha con las trabas impuestas por el poder, era el secreto de la tensión que debía terminar en una crisis próxima; como siempre, el movimiento se hizo más idealista á medida que progresaba más; se apeló á las armas de la religión y la poesía; la poesía política alcanzó su apogeo; el catolicismo alemán inició la ruptura; después una serie de tempestades atravesó la Europa entera, y los odios, largo tiempo reprimidos, estallaron á la vez en 1848. Si el materialismo había desempeñado su papel al comenzar la lucha, se obscureció completamente detrás de las tendencias idealistas en la hora de los combates decisivos; el triunfo de la reacción llevó á los espíritus á ocuparse con nuevo entusiasmo en la cuestión materialista y á discutir en todas sus fases el pro ó el contra, aunque muy superficialmente.

Ya se había podido observar muchas veces en Alemania una transformación sui géneris en la tendencia gene-

ral del movimiento progresista; después de un período durante el cual ciertas ideas dominantes reúnen todas sus fuerzas para un ataque común, viene otro en que cada trabajador se concentra en su especialidad; así es como se vieron nacer, en número siempre creciente, los congresos, las excursiones, las fiestas generales de Alemania, las reuniones centrales para todas las profesiones y en favor de todas las aspiraciones posibles, y, por el espíritu de asociación, formóse silenciosa y prácticamente un nuevo poder social. Mas, con extraña energía, surgieron los intereses materiales después de la tempestad idealista y política del año 1848 cual los primeros síntomas de un reflujo acentuado; Austria, quebrantada hasta en sus fundamentos, buscó una seria regeneración por la senda de los progresos industriales; con ardor febril, Buck, construyó caminos y caminos, y, uno tras de otro, se presentaron y resolvieron tratados, especulaciones y medidas financieras, á lo que siguió inmediatamente la actividad privada.

En Bohemia se explotaron las minas de hulla y se construyeron ferrerías y ferrocarriles; en el Sur de Alemania la industria algodonera tomó un vuelo grandioso; en Sajonia casi todas las ramas de la metalurgia y de la fabricación de tejidos se desarrollaron en mayor escala que nunca; en Prusia se lanzaron con desesperado ardor á la explotación de las minas y los trabajos de herrería; hulla y hierro fueron las palabras de orden de la época; Silesia, y más aún, la provincia del Rhin y Westphalia, rivalizaron con Inglaterra; en el espacio de diez años el reino de Sajonia dobló su producción de hulla; la provincia del Rhin y Westphalia triplicaron la suya; Silesia redobló el valor de hierro en bruto y se quintuplicó en la parte occidental de la monarquía prusiana; el valor de los productos de las minas se triplicó, y los productos de las fábricas siguieron la misma progresión; se apropiaron los caminos de hierro para el transporte de las mercan-

cias en grandes masas y los trenes aumentaron de un modo considerable; los armadores prosperaron y las exportaciones se desenvolvieron prodigiosamente; aunque no había Parlamento, se trabajó por establecer la unidad alemana por medio del peso y la moneda; rasgo característico, la organización del cambio fué la única medida que recordó las grandes tendencias unitarias.

A los progresos materiales correspondieron los de las ciencias físicas; la química, sobre todo, se halló cada vez en relación más estrecha con las necesidades de la vida; desde entonces se hubieran podido satisfacer con los hechos positivos, principalmente con los resultados útiles debidos á las precitadas ciencias y, como Inglaterra, someterse para lo demás á una ortodoxia cómoda y vacía de pensamientos; éste hubiera sido el materialismo práctico en toda su perfección, porque nada economiza seguramente más nuestras fuerzas para hacerlas lucrativas, nada consolida más el amor insaciable de los goces, nada pone al corazón más al abrigo de los odiosos accesos de la piedad y la duda, relativamente á nuestra perfección, que esta inercia completa del espíritu que desecha como inútil toda meditación sobre el encadenamiento de los fenómenos y sobre las contradicciones que surgen entre la tradición y la experiencia.

Alemania no podrá nunca librarse por completo de este materialismo; su antigua inclinación por las creaciones artísticas no se detiene ni descansa jamás; se habrán podido olvidar momentáneamente las aspiraciones unitarias de la patria, pero no las aspiraciones unitarias de la razón; esta arquitectura nos llega más al alma que la de nuestras catedrales de la Edad Media; cuando el emprendedor negocia y el filósofo oficial duerme, la libertad industrial trabaja con ardor en el intervalo, y químicos y fisiólogos echan mano de la metafísica; Alemania es el único país de la tierra donde el boticario no puede preparar un medicamento sin interro-

garse sobre la correlación de su actividad con el conjunto del universo; esta tendencia ideal es la que, mientras la filosofía se quedaba en el atolladero, ha suscitado entre nosotros la polémica materialista, recordando á las masas de «hombres instruídos», demasiado fáciles de contentar, que más allá de la costumbre cotidiana del trabajo y de la experimentación existe todavía un dominio ilimitado cuyo ambiente refresca al espíritu y ennoblece el corazón.

Siempre habrá un mérito que atribuir á la ciencia física alemana de nuestros días: según sus fuerzas y su inteligencia, recogió el guante que ofensores audaces de la razón habían arrojado á la ciencia; la prueba más convincente de la debilidad y del envilecimiento de la filosofía fué su silencio en la época en que los miserables favoritos de indignos miserables soberanos quisieron condenar al pensamiento á retroceder en su camino. Verdad que los sabios que estudian la naturaleza fueron provocados hasta por hombres salidos de sus mismas filas, los cuales, sin la menor razón científica, se sintieron impulsados á resistir al sistema predominante en el estudio de la naturaleza; la *Gaceta Universal* de Angsbourg, que descendió hasta entregar la redacción de sus folletines, menos accesibles en otro tiempo, á profesores de una ciencia de segundo orden, pudo gloriarse de haber comenzado esta lucha; en los comienzos del año 1852 trajo las *Cartas fisiológicas* de R. Wagner; en Abril, Moleschott firmó el prefacio de la *Circulación de la vida*, y en Septiembre, Vogt decía, al publicar sus *Cuadros de la vida animal*, que ya era tiempo de enseñar los dientes á la manía autoritaria que se consideraba como triunfante.

De los dos campeones de la tendencia materialista, el uno era el héraldo de la filosofía de la naturaleza y el otro un ex regente del imperio, es decir, un idealista desesperado; estos dos hombres, que no estaban desprovistos de la pasión de las investigaciones personales, brillan sobre todo por su talento en la exposición; si Vogt es más claro

y más preciso en los detalles, Moleschott concibe y compone mejor sus vistas de conjunto; Vogt se contradice con frecuencia y Moleschott es más rico en fórmulas, á las que no se puede en general atribuir sentido alguno; la principal obra de Vogt en esta polémica (*La fe del carbonero y la ciencia*) no apareció hasta después del Congreso de los naturalistas de Göttinga (1854), que renovó el espectáculo de las grandes disputas religiosas del tiempo de la Reforma; en lo más recio de la pelea (1855) apareció *Fuerza y materia*, de Büchner, libro que produjo quizá más sensación y provocó las críticas más vivas que ninguna otra publicación de ese género; debemos rechazar enérgicamente las acusaciones de inmoralidad lanzadas contra Büchner á propósito de la primera edición de su opúsculo, como tampoco podemos reconocer la pretensión de Büchner en lo de la originalidad filosófica; comencemos, pues, por examinar las condiciones que quiso imponer á la filosofía.

En el prefacio, después de haber razonado su menosprecio por todo lenguaje técnico de filosofía, Büchner se expresa del modo siguiente: «Por su naturaleza, la filosofía es un dominio intelectual común á todos; las demostraciones filosóficas que no pueden ser comprendidas por todos los hombres instruídos no valen, en mi opinión, la tinta tipográfica que se emplea en imprimirlas; lo que se piensa claramente, claramente y sin ambages debe ser enunciado.» Büchner da aquí una definición completamente nueva de la filosofía, aunque muy poco precisa; lo que se ha denominado filosofía hasta el presente no fué nunca un dominio común á todos, y no podía ser comprendida por todos los «hombres instruídos», por lo menos sin estudios preparatorios, vastos y profundos; los sistemas de Heráclito, Aristóteles, Espinosa, Kant y Hegel exigen grandes esfuerzos, y si todo lo que dicen no es igualmente inteligible, puede ser también culpa de esos filósofos; es claro que á los ojos de nuestros predecesores

esos sistemas valían más que la tinta tipográfica, sin la cual no hubieran sido impresos, ni vendidos, ni pagados, ni elogiados, ni, sobre todo, leídos con tanta frecuencia.

Pero es evidente que Büchner sólo se dirige á los vivos en la acepción más temeraria de la frase; en cuanto á la importancia que esos sistemas pudieron tener en el pasado, no hay para qué preocuparse de ello; no se pregunte qué influjo ha ejercido ese pasado en el presente y si un proceso ó desenvolvimiento necesario no habrá, por ventura, unido las ideas de nuestra época á los esfuerzos de dichos filósofos; se deberá, no obstante, admitir que Büchner deja á la historia de la filosofía toda su importancia, porque, como muchos objetos de la naturaleza, el pensamiento humano es también digno de estudio, y, en tal caso, no ha de limitarse á los productos más fútiles de la actividad intelectual; Büchner mismo ha escrito un artículo acerca de Schopenhauer con el solo fin de dar al público una idea del sistema de este filósofo; en él reconoce que todavía hoy Schopenhauer «ejerce una poderosa influencia en la marcha de nuestro desenvolvimiento filosófico actual», y, sin embargo, Schopenhauer es el representante de un idealismo que, comparativamente al de Kant, se puede tachar de reaccionario, y que, además de esto, no es fácil de comprender.

Büchner no se contenta con reclamar una exposición mejor y más inteligible de la filosofía, pues lo que hasta aquí se ha designado con ese nombre entraña cuestiones que aun los términos más populares no llegan á ser más claros, porque la dificultad no está en las palabras, sino en las cosas; seríamos completamente de la opinión de Büchner si se tratase de reconocer que el espíritu del tiempo reclama imperiosamente la supresión absoluta de lo que se llama enseñanza esotérica; sin duda la mayor parte de los filósofos estarían destituidos de fundamento, si el radicalismo de sus opiniones reales hubiera sido tan evidente como la flexibilidad que despliegan con frecuen-

cia, gracias á los subterfugios más extraños, en las aplicaciones prácticas de sus ideas, pero aun esto mismo no habría sido una gran desgracia para la marcha progresiva de la humanidad.

Kant, que era hombre de nobilísimos pensamientos, y que además podía apoyarse en el gran rey (Federico II) y en el esclarecido ministro. Zedlitz, había conservado, no obstante, los viejos principios esotéricos para considerar verbi gratia el materialismo, á causa de la inteligibilidad de esta doctrina, como más peligroso que el escepticismo, que supone un número mayor de principios poco conocidos; el profundo radicalismo, particularmente en Kant, ya por la dificultad del punto de vista ó bien por la obscuridad del estilo, ha quedado de tal suerte oculto, que sólo se revela por completo á los estudios más perspicaces y más exentos de preocupaciones; Büchner habría encontrado en ellos, para uso de los pensadores modernos, mayor número de materiales útiles que en Schopenhauer si se hubiese tomado la molestia ó el valor de lanzarse en el estudio de Kant; aunque obligados á ser de la opinión de Büchner en lo de pensar que se debe terminar para siempre con las obscuridades calculadas que se amontonan ante los ojos de los profanos, ni esperamos ni deseamos la eliminación definitiva de los obstáculos de que las cuestiones filosóficas están erizadas por virtud de su misma esencia. De una parte encontramos la lógica irresistible del gran movimiento democrático, que no consiente ya á los apóstoles del racionalismo y del libre pensamiento tener secretos en su poder y quiere que las masas participen de los resultados de los esfuerzos realizados por la humanidad entera; y por otra comprobamos el deseo, á pesar de esta consideración de la necesidad de las masas, de no dejar empobrecer la ciencia é impedir tanto como sea posible la destrucción de la cultura moderna por la conservación intacta de los tesoros de la sabiduría filosófica.

Esta publicidad, en lo que concierne á las consecuencias de la doctrina filosófica, es menos reclamada á título de concesión al gran número de los «hombres instruidos», que como medio auxiliar de emancipación para un número de individuos mucho más considerable y para las capas inferiores de la sociedad, que poco á poco van llegando á la conciencia de su grandiosa misión; en cambio, nuestras «clases ilustradas» están tan estragadas en su brillante frivolidad, que es inútil hacer brillar ante sus ojos la idea de que toda filosofía está á su inmediato alcance como al de los filósofos más célebres; si se quiere dar el nombre de filosofía á la instrucción que el pueblo recibe en las conferencias que se le dan (instrucción suficiente todo á lo sumo para preservarle de las más groseras supersticiones), sería entonces preciso una nueva denominación para la filosofía que constituye la teoría general de todas las ciencias; ¿se negará que en tal sentido, y desde el punto de vista en que la ciencia actual se ha colocado, sea posible aún una filosofía?

Por lo demás, la aserción de que todo lo que claramente se concibe puede ser expresado del mismo modo, por verdadera que sea en el fondo, pudiera conducir á lamentables abusos; ciertamente el gran Laplace ha dado en su *Teoría analítica del cálculo de las probabilidades* un modelo acabado de exposición clara, y, sin embargo, sólo un pequeño número de aquellos que en interés de la cultura general de sus facultades han adquirido un ligero tinte de las matemáticas, se encontrarán en estado de comprender dicha obra aun á costa de algunos esfuerzos; además, en matemáticas los pocos conocimientos las hacen ininteligibles, como le ocurre con una lengua extraña al que no está familiarizado con las nociones que oye exponer; algo semejante puede pasar en filosofía; así, entre otras pruebas, podemos señalar que no existe una sola rama de las matemáticas que no se preste á una exposición filosófica; Laplace ha sometido á una exposición filo-

sófica hasta los primeros elementos del cálculo de las probabilidades, y esta obra es mucho más inteligible que la teoría analítica, no porque sea filosófica, sino porque trata de los elementos fundamentales; á pesar de todo esto, el *Ensayo filosófico sobre las probabilidades* pudiera ofrecer graves dificultades á muchos hombres instruidos.

Es verdad que se puede objetar en favor de Büchner que la filosofía no es sólo la quinta esencia de las ciencias y la última palabra de la comparación de sus resultados, sino también introducción y preparación; ya la escolástica interpretaba la filosofía en este último sentido, y nuestras universidades han conservado hasta los tiempos presentes la costumbre de preceder los estudios especiales por lecciones de filosofía; pero en Inglaterra y Francia se ha confundido con frecuencia la exposición filosófica de las cosas con los relatos inteligibles para el pueblo; de ahí viene también que Büchner en Alemania sea estimado sobre todo como escritor polemista popular, en tanto que en Francia é Inglaterra son más dados á concederle el título de verdadero filósofo.

Uno de los ejemplos más notables de la relatividad de nuestras ideas, puede encontrarse en el hecho de que las cualidades que hacen á Büchner más claro para la masa del público, son precisamente lo contrario de lo que la ciencia, en su acepción estricta, designa con el nombre de claridad; si Büchner, por ejemplo, hubiese tomado la idea de *hipótesis* en la acepción científica, probablemente no le habrían comprendido muchos de sus lectores, en atención á que es menester una cultura lógica muy considerable, con algunas nociones de historia de las ciencias, para definir esta idea de suerte que sea comprensible á un espíritu perspicaz; pero en Büchner «hipótesis» significa toda especie de suposiciones no justificadas, como, por ejemplo, las proposiciones deducidas de la especulación filosófica (37); á la palabra «materialismo», Büchner la da ya el sentido que la historia la atribuye

ó bien la hace sinónima de «realismo» ó «empirismo», encontrándose hasta pasajes donde dicho término (el más positivo de todos los términos filosóficos) está empleado en un sentido puramente negativo y coincidiendo casi con escepticismo; la significación de la palabra «idealismo» varía más todavía, á menudo parece casi sinónima de «ortodoxia»; esta vaguedad en la significación hace parecer precisamente dichas ideas claras á aquellos que, no conociendo su exacto alcance, tienen, no obstante, precisión de hablar de ellas; sucede, por decirlo así, como con el efecto de los anteojos, según las diferencias de las distancias y de la vista de cada cual; el que en estas cuestiones ve más lejos con sus propios ojos lo encuentra todo más apagado al través de los anteojos de Büchner; por el contrario, el miope se imagina ver muy claro con esos anteojos y, efectivamente, distingue mejor que con sus propios ojos; ¡desgraciadamente esos anteojos lo exageran todo demasiado!

Büchner se obstina en considerar siempre como simples las verdaderas doctrinas de los filósofos, porque ha observado que en la vida se ligan con frecuencia, por su tendencia conservadora, á los groseros errores de la vida cotidiana; así, en particular, el capítulo de las ideas innatas sólo puede recordarnos vagamente las flores retóricas de un predicador ignaro ó los períodos sospechosos de un libro de lectura destinado á los niños aplicados, en tanto que en la filosofía moderna en vano trataríamos de encontrar un autor que realmente sostenga las doctrinas que Büchner ataca; puede verse un justo castigo en esta corrección infringida á la duplicidad de nuestros filósofos, que son afrentados en plena calle sin que el público, entregado á sus propios sentimientos, experimente por ellos la menor simpatía.

Si Büchner es indeciso y arbitrario en el empleo de los conceptos particulares, no puede naturalmente ser considerado como el representante de un principio claramente

expresado, determinado y positivo. No tiene pelos en la lengua, es inexorable y lógico en la negación; pero esta negación, fuertemente acentuada, no es en modo alguno el producto de una inteligencia seca y puramente crítica, procede más bien de un entusiasmo fanático por el progreso de la humanidad y por el triunfo de lo bello y lo verdadero; ha estudiado bastante los obstáculos que se oponen al progreso para atacarlos con un ardor implacable; es cierto que también muchas cosas inofensivas le parecen sospechosas; pero todo lo que no es sospechoso, todo lo que á sus ojos no es ninguna bribonada, todo lo que no es una traba suscitada por la malevolencia al progreso científico y moral, cree poder utilizarlo.

Büchner es idealista de nacimiento; pertenece á una familia dotada de poesía; uno de sus hermanos, muerto prematuramente, era como poeta una grande esperanza; su hermana, Luisa Büchner, es conocida generalmente por su talento literario y por sus colecciones de poesía de las mujeres alemanas; él mismo (comparable en esto á la Mettrie) se distinguió siendo alumno por sus estudios literarios, filosóficos y prácticos, y por la brillantez de su estilo; por obedecer á su padre, se consagró á los estudios médicos; desde este punto de vista puede compararse á su antecesor francés antes citado, porque desde el principio se afilió al partido de la escuela racionalista en medicina; más serio y más sólido que la Mettrie, aplicó en seguida su rico y múltiple talento, ya á las investigaciones científicas ó bien á la vulgarización, verbal y escrita, de los resultados adquiridos en nuestros días por las ciencias físicas; en todo el curso de su actividad, nunca perdió de vista las relaciones de sus estudios con los grandes problemas que la humanidad, en su marcha progresiva, tiene el deber de resolver.

Aunque Büchner, influido por Moleschott, á quien imita la manera enfática y el estilo declamatorio, haya profesado un acentuado materialismo, su tendencia real



(tanto cuanto puede juzgarse de los párrafos más ó menos contradictorios de sus escritos) no es menos *relativista* (38); los enigmas finales de la vida y de la existencia, dice muchas veces, son completamente insolubles (39); en cuanto á las investigaciones empíricas, que son las únicas que pueden conducirnos á la verdad, no nos permiten admitir nada suprasensible; si nuestro pensamiento franquea los límites de la experiencia, caemos sin remedio en el error; la fe, que desde tal instante nada tiene que disputar á los hechos, puede volar á su gusto por esas regiones, pero la razón ni puede ni debe seguirla; la filosofía ha de ser el resultado de las ciencias físicas: debemos contentarnos con lo que éstas nos enseñan, tanto más cuanto que por este camino llegaremos á puntos de vista más profundos. Es de observar que Büchner no quiere admitir la importancia poética y simbólica de las tesis filosóficas ó religiosas; en lo que toca á estas cuestiones ha roto con sus tendencias poéticas y, desde este momento, no conoce más que lo verdadero y lo falso; niega también todo fondo á la especulación, á la fe religiosa y aun á toda poesía que exprese un pensamiento en estilo exornado de imágenes.

Moleschott y Büchner dan á menudo pruebas de una sagacidad grande y verdaderamente filosófica en la dilucidación de esta ó aquella cuestión; pero á dicha sagacidad suceden á veces trivialidades inconcebibles; así, por ejemplo, en *Fuerza y materia*, de Büchner, la mayor parte del capítulo «del pensamiento» es un modelo de dialéctica circunspecta; esto, á decir verdad, no es más que un fragmento, porque la excelente crítica de la famosa aserción de Vogt acerca de las relaciones del pensamiento con el cerebro, concluye en el dualismo completo de la fuerza y la materia, dualismo que no viene á parar después en ninguna tentativa de conciliación, sino que desaparece sencillamente bajo la rápida sucesión de las frases. «El pensamiento, el espíritu y el alma, dice Büch-

ner, no son nada material, no son ni aun materia, sino un conjunto de fuerzas diversas convertido en unidad, el efecto del concurso de muchas materias dotadas de fuerza ó de propiedades;» compara este efecto al de una máquina de vapor, en la cual la fuerza es invisible, inodora é intangible, mientras que el vapor libre es cosa secundaria y no tiene nada que ver con el «fin de la máquina»; una fuerza cualquiera no puede «revelarse» (ó como decía la primera edición con mucha más lógica en las ideas: *construida idealmente*) más que por sus manifestaciones; la fuerza y la materia son inseparables, pero el pensamiento establece una gran distancia entre una y otra, «llegan hasta negarse una á otra. No sabríamos cómo definir la inteligencia y la fuerza sino como inmateriales, excluyendo, naturalmente, la materia ó siéndole opuestas».

No ha menester más el más creyente espiritualista para fundar todo su edificio sobre esta base, y de nuevo se puede ver aquí claramente cuán poco justificada está la esperanza de que la sola propagación de la concepción materialista de la naturaleza, ayudada de todos los conocimientos que la sirven de sostén, extirpará un día las ideas religiosas y supersticiones hacia las que el hombre se inclina por motivos que penetran en él mucho más hondo que su opinión teórica acerca de los fenómenos de la naturaleza. La unión indisoluble de la fuerza y la materia está suficientemente demostrada por la naturaleza visible y palpable; pero si la fuerza es esencialmente algo suprasensible, ¿por qué en un mundo incoercible para nuestros sentidos no existirá por sí misma ó combinada con substancias materiales? Los antiguos materialistas comprendieron la cuestión con infinitamente más claridad y lógica que Büchner cuando referían toda fuerza al movimiento, á la presión, al choque de la materia; y así lo han hecho, sobre todo Toland de una manera admirable, cuando conciben la materia como muda en sí y el reposo como no siendo más que un caso especial del movimiento.

Pero abstracción hecha de las dificultades que resultan para la demostración de esta teoría de la física moderna con sus efectos á distancia completamente incomprendibles, queda otro punto que embaraza igualmente todos los sistemas materialistas; sólo que esta dificultad queda mejor disimulada en la vaga concepción de Büchner, que mezcla confusamente la fuerza mecánica y el espíritu; en efecto, Büchner se ha formado toda su concepción cósmica y ha redactado su obra principal sin conocer la ley de la conservación de la energía; cuando la conoció la consagró un capítulo especial y la colocó sencillamente entre los nuevos soportes de su concepción materialista del universo, sin esclarecer de nuevo con la luz de esta importante teoría todas y cada una de las partes de su edificio; sin esto habría fácilmente descubierto que los fenómenos del cerebro deben también estar estrictamente subordinados á la ley de la conservación de la energía, y de la misma suerte, como más tarde lo demostraremos al detalle, todas las fuerzas llegan á ser invariablemente fuerzas mecánicas, movimientos y tensiones; también se puede construir mecánicamente el hombre entero con todas las manifestaciones de su actividad intelectual; todo lo que ocurra en el cerebro será presión y movimiento; pero de ahí al «espíritu» ó aun á la sensación consciente, el camino es tan largo como de la materia al espíritu.

Büchner no ha llegado apenas á la claridad en este punto; esto es lo que prueba un suplemento raro que ha dejado deslizarse en las ediciones siguientes y que mantiene toda la confusión relativa al espíritu y la fuerza; halla que el cerebro, que produce un efecto tan especial como el espíritu, es el único de todos los órganos que se fatiga y tiene necesidad de dormir, y esta circunstancia motiva á sus ojos una distinción esencial, no sólo entre los órganos, sino también entre la actividad psíquica y la actividad mecánica en general; piensa después en los

músculos y, con una ligereza casi imperdonable en un fisiólogo, añade: «Se puede decir que tanto los órganos como el cerebro se ponen en movimiento mediante el sistema nervioso animal y, por consecuencia, de los músculos voluntarios». Pero los músculos se fatigan también cuando las fuerzas de tensión acumuladas se emplean todas, mientras que el cerebro puede durante mucho tiempo todavía enviarles nuevas excitaciones de trabajo; he ahí un hecho en el cual evidentemente no ha pensado Büchner.

La causa que ha impedido á hombres tan bien dotados y tan sinceros en sus tendencias como Moleschott y Büchner profundizar su asunto, no se halla, sin duda, en su intención primera de reemplazar la filosofía con una exposición y discusión populares, porque, aun proponiéndose este último fin, se pueden satisfacer exigencias más elevadas, y la exposición popular puede tener realmente un valor filosófico sin faltar al programa de la filosofía; pero entonces sería menester fundar por lo menos la exposición sobre una concepción lógica y clara, lo que no hacen por lo general nuestros materialistas; pudiera encontrarse la razón de esto en la influencia de la filosofía de Schelling-Hegel.

Hemos llamado más arriba á Moleschott el heraldo de la filosofía de la naturaleza, y lo hemos hecho á sabiendas; no lo es por haber, en su juventud, estudiado á Hegel y prestado homenaje después á Feuerbach, sino porque esa tendencia es visible en su materialismo, que se tiene por tan lógico, y aun en los puntos decisivos de la metafísica; se puede decir de él lo que de Büchner, que da con frecuencia como autoridad á Feuerbach, pensador poderoso y apasionado, pero perfectamente obscuro, y que después, con sus propias aserciones, se extravía á menudo en un vago panteísmo.

El punto de que principalmente se trata puede precisarse muy bien: es, por decirlo así, la caída de la manza-

na, desde el punto de vista de la lógica, en la filosofía alemana después de Kant: *la relación entre el sujeto y el objeto en el conocimiento*. Según Kant, nuestro conocimiento proviene de la acción recíproca del sujeto y del objeto, tesis muy sencilla y, sin embargo, desconocida siempre; de esta teoría resulta que nuestro mundo de los fenómenos no es sólo un producto de nuestra imaginación (Leibnitz, Berkeley), que no es una representación adecuada de las cosas reales, sino el efecto de influencias objetivas formadas de una manera subjetiva; no lo que un solo hombre quizá conoce de tal ó cuál modo á consecuencia de una disposición accidental ó de una organización defectuosa, sino lo que la humanidad entera se ve forzada á conocer en virtud de los sentidos y de su entendimiento; Kant lo llamaba objetivo desde un cierto punto de vista; lo llamaba objetivo en tanto que sólo hablamos de nuestra experiencia; en cambio lo designaba trascendente y aun falso cuando aplicamos nociones parecidas á las cosas en sí, esto es, á las cosas existiendo con absoluta independencia de nuestro conocimiento.

Pero los sucesores de Kant tenían sed de un conocimiento absoluto, y, abandonando completamente la senda del análisis reflexivo, se crearon dicho conocimiento con la dogmática de sus síntesis; así nació el gran axioma de la *unidad* de lo *subjetivo* y lo *objetivo* y la fabulosa petición de principio de la unidad del pensamiento y del sér, de la que Büchner es todavía esclavo; según Kant, esta unidad no existe más que en la experiencia, y es resultado de una fusión; no es ni da el pensamiento y el sér puro; ahora bien, según Hegel, esto debiera ser el universo: el pensamiento absoluto coincidiendo con el sér absoluto; tal pensamiento ganó terreno á causa de su contrasentido grandioso, que estaba en relación con la época; es el fundamento de la famosa filosofía de la naturaleza; en la fermentación confusa de la escuela de Hegel era difícil con frecuencia dar el sentido preciso de

este pensamiento; se podría concebirle *a priori* como un verdadero principio metafísico ó como un imperativo cosal y categórico destinado á limitar la metafísica; en este último caso se acuerda uno de Protágoras; ¿debemos definir lo verdadero, lo real, el bien, etc., de suerte que sólo nombremos bien, real y verdadero aquello que lo es para el hombre, ó deberemos imaginarnos que cuanto el hombre reconoce como tal tiene el mismo valor á los ojos de todos los seres pensantes que existen y puedan existir?

Esta última concepción, la única propia del verdadero y primitivo hegelianismo, conduce irresistiblemente al panteísmo, porque se presupone como axioma la unidad del espíritu humano con la del universo y con todos los espíritus; sin embargo, otros se atienen con Feuerbach al imperativo categórico: real es lo que es real para el hombre; es decir, como no podemos saber nada de las cosas en sí, no queremos tampoco saber nada de ellas, ¡y basta!

La antigua metafísica quería conocer las cosas en sí y la filosofía de la naturaleza cayó en esta ilusión; Kant sólo se ha colocado en el punto de vista perfectamente claro, según el cual no sabemos de las cosas en sí más que aquello que precisamente Feuerbach ha olvidado: nos vemos forzados á presuponerlas como una consecuencia necesaria de nuestro espíritu; es decir, que el conocimiento humano no representa más que una isla en el inmenso océano de todo el conocimiento posible. Feuerbach y los suyos cayeron sin cesar en el hegelianismo trascendente precisamente porque no pararon la atención en este punto; cuando se estudia lo «sensible» de Feuerbach, hay que tomarse el trabajo de pensar constantemente en la vista y en el oído, y más aún en el empleo de esos órganos en las ciencias exactas; su sensible es una forma nueva del pensamiento absoluto, que hace por completo abstracción de la experiencia positiva; si no